

Un túmulo para Juan

Homenaje de Carlos Coello Vila a Juan Siles Guevara

Vila y la memoria y memoria de tradiciones como/interacción. Carl Coello Vila y Juan Siles Guevara. Entre los herederos y heredados en esta. La vida eterna y la memoria. Juan Siles Guevara.

(Primera de tres partes)

Como todos los domingos, hoy 4 de febrero, una llamada de larga distancia por un teléfono tragamonedas que está muy cerca de la "mensa", el comedor de la Universidad de Augsburg, me pone en comunicación con La Paz, donde vive mi extrañada familia. A través del auricular me llega una mala noticia: Juan Siles Guevara - Juanito, como solíamos llamarlo en casa, muy a la boliviana-, murió en Oruro el 24 de diciembre. Sus restos fueron inhumados a las 10 de la mañana del día de Navidad, cumpliéndose así su última voluntad expresada unas horas antes de morir a sus pocos familiares que tenía en esa estepa de la meseta boliviana.

Aunque mi esposa me dice que hacía dos o tres días que se enteró de la triste noticia, a mí me parece que no quiso comunicármela antes porque sabía que una profunda amistad me ataba a Juan desde hacía muchos años. Ahora era inevitable que me lo contara para evitar que una carta de Raúl Rivadeneira y el recorte de un artículo necrológico suyo, que llegarían a mis manos en cualquier momento, me tomaran por sorpresa.

Dejó el auricular y emprendo un largo paseo, circundando la laguna del campus universitario, metido en mi sacón, con las solapas levantadas, enchalinado, con un lluch y unos mitones de lana de alpaca. La temperatura ambiente debe estar próxima a los diez grados bajo cero. La temperatura relativa, que es la que siente una persona independientemente de la que marca el termómetro, es, ahora, inferior para mí.

Sobre las aguas congeladas de la laguna, unos pocos niños hacen deslizar sus trineos o patinan sobre el hielo.

Evoco la tarde del 11 de septiembre del año pasado, dos o tres días antes de retornar a Augsburg -tras una breve vacación que me permitió volver temporalmente al país. Habíamos hablado con Juan por teléfono varias veces, pero no quería partir sin verlo; además debíamos establecer un acuerdo para que el equipo del Instituto de Lexicografía, que trabaja conmigo en La Paz desde hace varios años, se encargue de concluir y de pasar las fichas de la bibliografía de "Presencia Literaria" al disco de la computadora, ya que él, a causa de su maltraída salud, no podía dar remate a ese trabajo.

En su casa, él y un representante de nuestro Instituto tomaron algunos acuerdos sobre el trabajo. No sé si se habrán concretado. Se nos fue el tiempo; él quería cancelar una visita que tenía fijada con el médico para que conversáramos como en los viejos tiempos.

Naturalmente, me ofrecí, en cambio, a acompañarlo a la cita médica; tomamos un taxi y esperé en el consultorio. Salimos. Juan se apoyaba con trabajo en un bastón que se convirtió en su inseparable compañero desde que comenzó su rehabilitación a causa de un pequeño accidente cerebral que casi acabó con su vida los primeros meses del año pasado.

Quiero que vayamos a tomar una cerveza -me dijo. Nunca he olvidado que la primera vez que tomé contacto con el ambiente paceño, cuando llegué el Ó64, fuimos juntos al Club Alemán.

Ese club era en realidad un enorme bar donde se reunía la juventud universitaria de esos años para escuchar música, beber, jugar cacho e inclusive bailar, sobre las mesas cuando el alcohol había provocado un estado de euforia colectiva y echado por tierra las inhibiciones.

Entramos a "Los Escudos" y nuestra conversación fue, lamentablemente, corta. Yo tenía un compromiso



hecho anteladamente con Jorge Irdenes.

Recordamos los años de juventud, a los amigos y compañeros de universidad, los paseos y los viajes que hicimos juntos. En un momento de la conversación, Juan me dijo que aunque el médico le daba unos años, tres y hasta cinco por delante, él no esperaba doblar el año que corría.

Ya no me encontrarás, Carlos, cuando vuelvas -me dijo-, por eso este encuentro tiene mucho significado para mí. Lamento que no podamos hablar más tiempo, podríamos volver sobre el tema de la fe y de la religión que tocamos el otro día brevemente por teléfono.

Como sabes -continuó-, he sido siempre agnóstico, aunque no puedo decirme ateo, porque entiendo que algo habrá más allá, del otro lado del río, como gustaban decir los griegos, hablando del Leteo.

Juan aludía a una conversación telefónica en la que yo le aconsejaba que en un esfuerzo sincero y profundo volcara su espíritu para buscar el dulce consuelo que, en situaciones

desesperadas, sólo puede dar la fe cristiana.

Tú sabes que he sido siempre muy independiente y autosuficiente; que soy muy rebelde y, por lo mismo, orgulloso y soberbio -me dijo-, mientras buscaba otras palabras para describir los rasgos de su complejo carácter.

Pues, ahí tienes -repuse-, ¿no sabes, acaso, que ése es el pecado que Dios más repudia? Ni siquiera los llamados pecados capitales tienen, ante los ojos de Dios, tanta gravedad. No recuerdas el pasaje bíblico de los ángeles caídos?

Mito o lo que tú quieras llamarlo: simbolizan las fuerzas del mal sobre la Tierra. Hermosos nombres: Luzbel, Belial, como para ser seducidos por una no menos hermosa tentación, pero... la soberbia los transformó. Para encontrar a Cristo... la primera condición es la humildad: el ser pobres de espíritu... y la segunda, la fe. ¿Te acuerdas que una vez entraste con un cirio encendido en las manos atravesando la nave de la iglesia para ponerte a los pies de la Virgen del Socavón? Tuviste fe, confiaste, y tu pedido fue escuchado. (Yo me refería a una anécdota que nos ocurrió cuando viajamos el último año de estudios en la universidad. Entonces se dotaba de una pequeña asignación económica a los alumnos de último curso para realizar un viaje, que resultaba ser un premio y un modo de romper la visión pueblerina que tenemos los bolivianos que nunca salimos al exterior. Viajábamos tres estudiantes -nuestro reducido curso- y un docente: Juan Quirós, que andando los años llegaría a ser el mentor de nuestra generación. Los estudiantes teníamos un pasaporte colectivo. Debíamos visitar Brasil, Uruguay y la Argentina. Como gran parte del recorrido era por tierra, decidimos pasar una noche en Oruro. Juan tenía un portafolio con los documentos. Al dejar el taxi, lo olvidó sobre el pretil de una ventana. Al día siguiente, el portafolio no aparecía por ninguna parte. Se nos pasó la mañana en tratar de encontrarlo. Recurrimos a todos los medios -incluidos el aviso de objetos perdidos que pasan algunas radios- para dar con él, pero todo fue inútil. Cuando íbamos a escuchar la misa dominical de medio día, Juan -que continuaba, desesperado, la búsqueda - nos dijo que, si aparecía, él, descreído como era, entraría a la iglesia con un cirio encendido para postrarse a los pies de la Virgen del Socavón. La misa estaba concluyendo y mientras nos arrodillábamos para recibir la bendición, vimos a Juan cruzar longitudinalmente la pequeña iglesia con el cirio encendido, y lo vimos postrarse a los pies de la Virgen como había prometido. Así supimos que podríamos continuar el viaje que casi se frustra en la partida.

Cosa inverosímil: un carabinero, de los que hacen ronda nocturna, lo había recogido y lo devolvió, inclusive con el dinero que contenía.

-Carlos, deberíamos seguir hablando. Escríbeme.

Sellado ese compromiso, salimos al Prado y lo ayudé a tomar un taxi.

(Continuará)

Carlos Coello Vila es Director de la Revista «Signo» y Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.